# FL 03 14

Lengua y Literatura Grigas 1, Programa 21, La Lírica Coral, por los profesores José María Lucas de Ríos, Pedro Ádeno de la Péñica, Ocepción Morales o tal. En temas anteriores dedicados igualmente a literatura, hemos estudiado los orígenes de la lírica en sentido general y con una inclinación particular a lo que llamábamos lírica monódica. Y entonces, aludíamos a la existencia de la lírica coral.

Pues bien, hoy vamos a dedicarnos a hablar de esta otra rama de la lírica. Con lo que cerraremos así nuestra visión de este importante genero literario antes de entrar en el del teatro, que nos ocupará a partir de ahora y hasta el final de nuestras unidades didácticas. Dentro del amplio ámbito de la lírica coral, vamos a centrarnos en la figura del poeta Píndaro.

La traducción de los pasajes utilizados corresponde a la de Francisco Samarang en edición Aguilar 1967, con el título Píndaro Olímpicas. La actividad de Píndaro se inicia en los primeros años del siglo V a.C., y va a ser este autor quien recogerá el recuerdo de las aristocracias locales, quien azucumbiendo ante la expansión nacionalista y perialista de Atenas. Píndaro, de noble familia, va a ser el poeta de los círculos dominantes, selectos e ilustrados, amigos de la música, las artes y el deporte, restos de las antiguas aristocracias y también de las tiranías relegadas, casi asifilia y tesalia.

La costosa ostentación de una clientela pudiente, vencedora en los certámenes olímpicos y también en ocasiones de tentadora del poder, será el ambiente y, en último término, el motivo de inspiración para la lírica pindárica. El pensamiento del poeta presenta rasgos arcaizantes en lo que se refiere a la virtud de quienes le pagan para festejar a una victoria. Según él, esta virtud es hereditaria y, así, en la Olímpica 13, al desear futuros chunfos a Genofonte de Corinto, dice Píndaro.

Si esta hereditaria dicha debe seguir su marcha, confiemonos a los cuidados de Zeus y Enialio. En la estrofa inicial de la Segunda Olímpica se sintetiza claramente el destino de su canto, Terón, el tirano de Agrigento, puesto en Parangón con Zeus y Heracles, hombre religioso, político, eficaz y de buen linaje. Dice así Píndaro, o himnos reyes de la pequeña Lira, que Dios, héroe o humano cantaremos.

Señor de Pisa es Zeus y Heracles, quien creó la fiesta olímpica, primicia si botín de guerra. Y Terón, el que obtuvo la victoria en su cuadriga, fiel cumplidor de hospitalarios ritos, fuerte muralla de Agrigento, fino bellón de ilustre cuna nacido en bien de su ciudad. Esta aristocracia, ganada por el esfuerzo de un pasado remoto, se actualiza por el valor demostrado en las competiciones de Olímpia o de Delfos.

Y dice el poeta, si el agua es la mejor de entre las cosas y el oro el más preciado de los bienes, hoy en día Terón, quien más allá ha llegado en el culto a las virtudes. Su empuje lo llevó hasta las columnas de Hercules. Desde aquí la ruta no es viable ya ni a los sabios ni a los necios

tampoco.

Yo no aspiro a seguirle más allá, sería absurdo. El poeta, frente a esta actitud francamente conservadora, manifiesta una actitud abierta más acorde con las posiciones intelectuales de su momento. En Grecia a lo largo del siglo VI y en el V se produce una moralización de la religiosidad.

Los dioses no pueden ser autores de acciones que les rebajen. En este sentido, Píndaro se ve obligado a dar a los mitos utilizados para dignificar a su cliente una interpretación en consonancia con los nuevos ideales. Es decir, el mito a veces no se muestra tal cual es, sino como debiera ser.

Píndaro siente miedo de ofender a los dioses y se relata de ellos algo innoble. Y nos dice así el poeta, no, a ningún dios puedo llamar salvaje, lejos de ello, rara vez el castigo se olvida del blasfemo. Esto es lo que exclama Píndaro en la olímpica primera, cómo apoyas su negativa de considerar a los dioses partícipes del barbaco-lo-banquete mítico de los restos de Pendlope.

Los siguientes versos abundan en lo mismo. Ningún hombre de un dios decir debiera sino lo bello, así es mejor. Las composiciones pindáricas eran cantadas por un coro que ejecutaba a la vez danzas.

Estas representaciones tenían un sentido religioso. Contra lo que pudiera parecer, no es el personaje ensalzado el último destinatario de los epinicios, sino la divinidad tutelar de los juegos en los que el interesado ha conseguido una participación honrosa. Así el vencedor es una pieza más, la más importante desde luego de todo el conjunto lírico y mítico que constituye la Oda.

Así oímos en la olímpica cuarta. Mastú, el hijo de Crono, que eres dueño de Letna, peñas como al tratado por los vientos sobre las cien cabezas del feroctifón. Recibe para honra de las gracias este cortejo de los que en Olimpia obtuvieron la victoria, el más estable honor que se concede a las hazañas grandes.

Nuestro coro está aquí para cantar al carro de Psaúmides, que en pisa conquistó la corona de Olivo y abunda en el deseo de enchir de gloria a su ciudad de Camarina. A pesar del ennoblecimiento que continuamente quiere dar Píndaro los vencedores de sus cantos, sin embargo no deja de recordarles el peligro que supone en sobrevecerse en demasía. Por lo cual, la mesura del campeón e incluso la del mismo es un tema que aparece continuamente.

Así oímos que nos dice Píndaro en la olímpica trece. Tú, Zeus, otórganos el don de la modestia y la dulce alegría de los éxitos. Y al final de la olímpica quinta dice, vivas vejez tranquila hasta el fin de tus días, sentados junto a ti, tus hijos, Psaúmides.

El que conservarse para su riqueza y la gloria añadir a sus copiosos bienes, que no pretenda nunca ser un dios. Hemos dicho ya que Píndaro con su carácter conservador está más cerca de las pequeñas solidarquías locales que de la naciente democracia teniese. Así, en muy pocas

ocasiones hay referencias a Atenas, sin embargo en un fragmento encontramos uno de los elogios más hermosos sobre esta ciudad.

Otá y lipará y yostéfano y a oídimo y helados ereis ma, kleinaí azánaí, daimónion tolíethron. Obrillante y coronada de violetas, gloriosa Atenas celebrada, valuarte de la hela de divina ciudadela. Observe el alumno el artículo determinado TAI en nominativo plural femenino.

Se trata de una forma antigua propia del dialecto de Veocia. Píndaro era de esta región. La forma del jónico ático es HAI.

En la palabra azánaí, que significa Atenas, encontramos alfa larga en lugar de la Eta, propia del jónico ático, donde se dice Atenaí. Este rasgo de mantener las alfas largas es propio del dorio, dialecto usado en las sodas pindáricas. Sobre el estilo y la composición de la poesía de nuestro autor habrá apreciado el alumno una enorme riqueza de temas.

Los epinicios ofrecen una composición abigarrada y en apariencia desordenada, pero no es así. La referencia, por ejemplo, a elementos míticos, le lleva a buscar relaciones con otros nuevos que se actualizan con la alusión directa al vencedor. Estas digresiones y ampliaciones están calculadas en función del conjunto, de manera que las diferentes partes se van entremezclando, pero guardando en gran medida su individualidad.

En cuanto a la expresión poética, se buscan imágenes nuevas y llenas de fuerza. Por ejemplo, veamos la primera estrofa de la olímpica primera. Lo mejor de todo es el agua y el oro, fuego esplendoroso que se enciende en la noche y borra los tesoros de la riqueza infatuada.

Si cantar los juegos quieres, corazón mío, amigo, no verás fuera del sol otro astro que más luzca por el día en el espacio desierto, ni celebrar podremos competición más bella que la olímpica. De aquí nos viene el himno que tantas voces cantan, de embriagada inspiración para los sabios, venidos a ensalzar al bastago de crono en la casa de Yerón, rica y dichosa, el que sostiene el cetro en la próspera y fértil Sicilia. El autor va destacando sucesivamente los elementos más preciados, el agua, el oro, el sol, así como ellos destacan y brillan también en los juegos de donde salen los vencedores y también Yerón, rey siciliano.

Todo lo persigue Zeus, patrón de los certámenes de Olimpia. En la olímpica sexta, el linaje del vencedor Acesias se hace remontar hasta Yamo, el adivino, cuyo miti conocimiento se describe así. Del vientre de Ebadne en dulce alumbramiento nació Yamo a la luz sin demorarse, sumida en la tristeza lo dejó sobre el suelo y dos serpientes de verdes ojos claros por divino querer con celo lo nutrieron del inocuo veneno de la abeja.

El poeta siempre encuentra lugar en sus composiciones para referirse a su ingenio y a la calidad de sus cantos, que nada desmerecen del triunfo conseguido por aquel a quien se dedica el poema. Bueno muestra de ello es el final de la olímpica segunda en honor de Terón Tirano de Agrigento, con lo que cerramos hoy nuestras palabras. Ánimo corazón, que tu arco sepa ahora ya su blanco.

¿A quién dirigiremos las renombradas flechas que partan de mi espíritu clemente? Camino de Agrigento las tensaré y con ánimo veraz con juramento acirmo que esta ciudad en cien años no engendró hombre ninguno que con sus amigos más generoso corazón tuviera y larga mano que Terón.